

El procesamiento democrático en la transformación del entorno en un espacio social

CÉSAR GILABERT
MARGARITA CAMARENA LUHRS

Aquí se propone un hilo argumental basado en el concepto de arena política para entender cómo la apropiación del ambiente que no es procesada en entramados democráticos tiende al uso y manejo irracional de los recursos naturales debido a que los grupos de poder, en ausencia de réplica social, pueden aplicar su racionalidad instrumental sin contrapesos ético-ambientales. En general, el procesamiento democrático eleva la comprensión y toma de conciencia del grado en que la producción de la vida material está sumida en la lógica de la globalización, generando nuevas actitudes culturales ecointegradoras, algunas de ellas ya reconocibles en el nivel local, pero que para hacerlas extensivas y lograr su predominio en la escala mundial es necesario modificar la concepción lineal del espacio, a fin de asumir la simultaneidad de las movilizaciones sociales que se oponen al uso depredatorio de los recursos naturales en diferentes lugares del planeta.

Resumen - Abstract

An argument thread is proposed based on the concept of political arena, to understand how the environment appropriation that is not processed in democratic intermingles, tends to the irrational use and management of natural resources. Due to the absence of social replica, the power groups can apply their instrumental rationality without environmental ethic counterbalances. In general, the democratic process raises the comprehension and consciousness to the level where material life production is submerged in the globalization logic, generating new cultural eco-integrator attitudes, some of them recognized at the local level. But to extend them and gain global predominance is necessary to modify the lineal conception of the space in order to assume the simultaneity of social mobilizations that oppose the depredatory use of natural resources in different places around the planet.

La apropiación del medio ambiente

Partimos de la premisa de que existen tantos territorios como niveles liay para experimentar el espacio y el tiempo (cfr. Regazzola y Lefebvre, 1979: 47).¹ Por cada uno de estos espacios-tiempo han existido procedimientos para aprovechar, representar y significar la riqueza particular de los lugares concretos, como lo evidencia la nutrida historia de lo que han hecho los grupos humanos con su entorno.

Así, la apropiación del medio ambiente consiste en el despliegue de las capacidades asociativas y organizativas de los seres humanos para transformar su entorno en un espacio social. Dicho de otro modo, es la creación social de las condiciones de productividad aplicando los conocimientos específicos —escasos o muy elaborados, desde

el sentido común y la costumbre hasta la ciencia más desarrollada— para el manejo de los ecosistemas, con lo que se crea un sentido de identidad y de pertenencia a la comunidad respecto de la forma concreta en que se concibe, utiliza y se le da significación al entorno natural (Leff, 2002: 10).

Insistir en la particularidad de lo local en un mundo globalizado es pertinente porque la experiencia concreta en cada lugar es única e irrepetible, por lo que, no es directamente aplicable a otros sitios. En consecuencia los actores buscan combinar soluciones específicas para cada lugar, si bien casi nunca parten de cero precisamente porque lo hacen desde la experiencia de otros. Sin embargo, como no hay un modo único de experimentar los problemas ni de idear las soluciones, sostenemos que la toma de decisiones y la ejecución para transformar el

Los autores son profesores-investigadores de El Colegio de Jalisco y del Departamento de Administración del Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara, respectivamente. Correos electrónicos cesar@coljal.edu.mx y camarena@cencar.udg.mx.

entorno constituyen una arena política en la cual se procesan las diferentes interpretaciones de los problemas y sus soluciones, tejiéndose así los entramados de poder, donde la coalición dominante determina el modo de explorar las posibilidades de apropiación del medio ambiente.

La cultura es el conjunto de elementos adaptativos —conocimiento, valores, actitudes, reglas, prácticas, hábitos y costumbres— que los procesos asociativos humanos ponen en juego para convertir un ámbito natural delimitado geográficamente en uno social, es decir, lo que aquí denominamos espacio cultural. Algunos agrupamientos humanos, no obstante, pueden organizarse de manera que haya mala adaptación, ya sea por la forma en que se explotan los recursos, presionando los sistemas naturales al grado de impedir su recuperación, contaminándolos o erosionándolos, o bien cuando la explotación económica se convierte en un mecanismo de desigualdad social, creando polaridades como las de la riqueza concentrada en unas cuantas manos junto a una pobreza extrema de la mayoría de la población.² Después de todo, se precisan muchos dispositivos económicos y sociales para alcanzar cifras como la de los 800 millones de personas en el mundo afectadas por el hambre.³

La apropiación de la naturaleza en ciertas localidades del país detonó un crecimiento expansivo y constante del capital, de la producción industrial y del consumo masivo. Pero semejante activación económica también generó un gran desperdicio de recursos a causa de usos inadecuados o marcadamente irracionales, con impactos muy graves que hoy en día hacen peligrar los ciclos naturales de activos sociales como el agua, los bosques y la tierra cultivable. En este sentido, afirmamos que ciertas estrategias económicas de la apropiación ambiental devienen en un proceso incontrolado de degradación de los ecosistemas, lo que se ha dado en llamar “crecimiento económico *contra natura*” (Leff, 2002: 5).

Con esto no queremos decir que los grupos de poder en todo momento se comportan irracionalmente respecto del medio ambiente, sino señalar que aquellos grupos a los que por alguna razón económica o cultural les conviene activar un uso inmoderado —como la tala de bosques, sobre todo si es clandestina o autorizada mediante la corrupción— generalmente pueden hacerlo sin resistencia de las sociedades que no fomentan una cultura política participativa.

La mala adaptación que se experimenta en el nivel local no es sólo un problema de las políticas centralistas

erróneamente enfocadas ni de la influencia de oligarquías locales con poder para interpretar a su conveniencia las directrices federales, expresa también la separación entre Estado y la sociedad, por lo que el ámbito estatal, lejos de ser un espacio de coaliciones en el que los grupos relevantes procesan sus diferencias y conflictos de intereses, es, por el contrario, una “maquinaria institucional” que genera una dinámica en el estilo del “leviathan”, que garantiza la sumisión política de la población empobrecida y sin esperanzas de ser incluida en los circuitos productivos que suscita la globalización.

Justo aquí la política de las élites económicas, en el nivel mundial, se revela nítidamente como una “conducta antinaturalidad” (Gilbert, 2002: 95), cuando la aplicación de tecnologías exógenas y su efecto en el crecimiento demográfico⁴ cimbra desde sus cimientos los modos de vida locales, antes aislados y relativamente autárquicos, ahora penetrados por novedosos mecanismos productivos que presionan la sobreexplotación de los recursos ambientales, afectando, inhibiendo o liquidando la existencia de las singularidades locales.

En este contexto, lo racional —aquí la dimensión de todo lo que es civilizatorio y modernizante en las políticas de Estado— se opone a lo natural, es decir, la parte orgánica de la comunidad —que alude a las formas culturales de la convivencia, enraizadas en las particularidades geográficas y biológicas de cualquier asentamiento humano—. En otras palabras, la política de los grupos de interés que no es procesada en un entramado democrático puede atentar contra los recursos ambientales al no encontrar obstáculos para concretar sus intereses económicos dentro de su área de influencia. Insistimos: no todos los agentes económicos se comportan irresponsablemente respecto de la naturaleza, el punto por destacar es que podrían hacerlo si quisieran.

En este orden de ideas, cabe recalcar que prácticamente cualquier política construida en el marco de la separación de la sociedad de su Estado estaría imposibilitada para abarcar y aplicar los principios ecotecnológicos en el aprovechamiento de los recursos. Sin una visión integral es poco probable que tales políticas tengan consecuencias distributivas para reducir la desigualdad regional y entre individuos, y que además respeten el equilibrio ecológico en una perspectiva de largo plazo. Por esta misma razón, resultará claro por qué algunas acciones económicas y las medidas políticas que las respaldan seguirán devastando la todavía rica pero cada vez más vulnerable base

de recursos disponibles para el desarrollo humano. Así será en tanto imperen políticas públicas que, en lo local, no responden a los intereses públicos, sino a los arreglos oligárquicos que vinculan a los grupos de interés locales con los operadores políticos estatales y federales, quienes dictan la política ambiental y de desarrollo desde su respectivo ministerio, y que quizá, a su vez, sólo están concretando los intereses de grupos "desterritorializados", o sea las poderosas firmas transnacionales que hincan sus dientes en ellas mediante el entramado económico-político conocido como globalización.

Dicho de otro modo, es probable y frecuente que la introducción de mecanismos productivos que presionan la sobreexplotación de los recursos ambientales tiendan a reducir o eliminar las ventajas comparativas que ofrecen las singularidades locales en el *marketing* territorial, de lo que "resulta una construcción no sólo ajena a la dinámica de las fuerzas ecosistémicas naturales, sino contraria a toda instancia o arreglo que intente limitar, conducir o condicionar las estrategias de explotación de los recursos estratégicos del territorio" (Camarena y Gilabert, 2002). Las relaciones de poder regidas por la lógica del mercado, la competencia y el afán de ganancia imponen los órdenes espaciales dominantes, por lo que el "reconocimiento de varios espacios, que se entrecruzan sin llegar a coincidir: el espacio territorial, el espacio nacional, el espacio imperial, el espacio del sistema productivo y el espacio de unidades económicas que actúa sin duda alguna a escala global" (Cueva, 1997: 314-315), es una clave para entender la conformación de la organización espacial y su tendencia a la irracionalidad en la explotación del entorno.⁵

Es probable que la construcción del Estado que aún no existe —como espacio de coaliciones— surja desde los nuevos órdenes que caracterizan la transición de la época actual (identificada como crisis de la civilización y que evidentemente es también una crisis ecológica de dimensiones planetarias), a fin de organizar una racionalidad ecotecnológica para el aprovechamiento integrado de los recursos, impelida por una conciencia para sí que combata la alienación imperante,⁶ al caer en la cuenta de que la fórmula de la globalización ahora vigente propicia una voracidad capaz de colapsar el sistema ecológico mundial, como se sigue del cambio climático, el agujero en la capa de ozono, la deforestación de 120 millones de hectáreas en tan sólo 20 años, etcétera (véase Hawken, 1994).

La apropiación del medio ambiente, desde la especificidad de cada sitio, sigue naturalmente estando ligada

tanto a las determinaciones geofísicas de los lugares como a las estructuras espacio-culturales, pero es decisivo notar que los intereses locales por la democracia y la sustentabilidad son una misma cosa en todos los lugares. Aquí cobra actualidad la aseveración tocqueviliana de que el gobierno local es la mejor escuela de democracia. Lo local, revelado de esta manera como lucha por la democracia en la variante de "defensa del entorno inmediato", pone al mismo tiempo de manifiesto lo que ya no está sujeto por las singularidades de cada lugar y de cada comunidad, sino por una identidad común, pongamos planetaria. En este orden de ideas, puede decirse que la devastación del orbe también ha producido su réplica: un reclamo por los derechos autonómicos de las comunidades, que entre otras cosas ha logrado anteponer el poder social —el que es procesado en entramados democráticos, por oposición al poder de las élites— y explora otro entendimiento del Estado —como espacio de coaliciones—, así como urde prácticas compensatorias y de subsidio en las relaciones económicas globales, en aras de una mejor calidad de vida, acceso a la educación, la vivienda, servicios de salud, seguridad, igualdad de oportunidades, etcétera.

El poder social reúne así los campos semánticos en que se fue desgajando la idea de la democracia: como régimen de gobierno, conjunto de reglas y procedimientos, conjunto de valores y como forma de convivencia. Con ello se vislumbra un nuevo balance entre la democracia ideal y la democracia real (véase Crespo, 1986), a partir de la búsqueda de formas de significación del mundo alternativas a la globalización depredadora, que convocan a la desalienación y el rescate de los recursos naturales para el presente y el futuro, es decir, la resignificación de la conversión del medio ambiente como producto de políticas sociales procesadas en entramados democráticos para la vida, no para el lucro.

Conversión del medio ambiente en ámbito social

La actitud suele entenderse como la tendencia arraigada en hábitos y costumbres de reaccionar en pro o en contra ante una circunstancia, fenómeno, proceso o persona; por lo tanto se expresa en conductas, las cuales pueden ser aprendidas o adquiridas mediante procesos de socialización formal (educación escolar) o canales informales (la opinión de los vecinos, la televisión, etc.). La actitud expresa una forma de conocimiento y acumulación de experiencias; encarna los valores del universo social; se

puede transmitir, es compartible y susceptible de cristalizarse en hábitos y rutinas.

Las actitudes culturales hacia el medio ambiente parecen ser las que mejor develan una conciencia alienada a partir del comportamiento individual y grupal, cuando se toleran o auspician la degradación, el desperdicio, el abuso, la utilización irracional de recursos y la abulia respecto del derrotero del medio ambiente. Pero no sólo es una actitud individual la que delata la pobre percepción del entorno, sino que es un analizador social que revela cómo en el colapso de vastos sistemas naturales (de allí la desertificación, la deforestación, la contaminación de los recursos hídricos) el proceso de la producción material capitalista subsume el proceso de la producción de la vida social, y cómo los actores han modificado su conducta con respecto al medio ambiente para convertir en un activo de capital lo que es genuinamente un soporte vital para la existencia.

En la actualidad la conversión del medio ambiente está perdiendo el sentido de apropiación para fines humanos de supervivencia o calidad de vida, dado que la naturaleza primordialmente es objeto de prácticas regulares de explotación en la lógica de la globalización: búsqueda de rentabilidad, crecimiento, eficiencia, etc. Hemos de admitir que la intención de autoconservación, es decir, la representación imaginaria con la que se distingue el mentalismo de la especie humana, tiene que avanzar hacia la ecologización de la economía si quiere neutralizar las prácticas depredadoras; ese ha sido justamente el fundamento de numerosas luchas emprendidas por diversas comunidades y agrupaciones en defensa de sus derechos culturales, incluidos los derechos sobre el patrimonio de sus recursos naturales; sin embargo, hasta ahora prevalece lo contrario: estrategias económicas regidas por el afán de ganancia, aunque sean irracionales para la supervivencia en la medida en que rompen los equilibrios de la naturaleza.⁷

Si la cultura se refiere al hacer social para adaptarse al entorno natural, transformándolo, es evidente el conflicto que surge por las distintas maneras de hacer las cosas que tienen los diversos grupos. La humanización de la naturaleza, sobre todo en la actualidad, se ha convertido en un eje conflictivo de la lucha por el poder para controlar los recursos como cuestiones de seguridad nacional. El papel de la política en la conversión del medio ambiente permite distinguir las conductas colectivas considerando la capacidad humana para producir cambios

favorables, pero asimismo aceptando que también hay procesos asociativos asimétricos que generan monopolios de control de los recursos, creando obstáculos que inhiben, distorsionan o postergan los rediseños institucionales que se proponen alcanzar la sustentabilidad económica sin dañar el ambiente.

Las distintas maneras de hacer las cosas entre los diversos grupos pueden resolverse de muchas formas, con distintos grados de violencia. Técnicamente la democracia es superior a otros procedimientos políticos porque procesa tales diferencias con mínimos de violencia; genera incertidumbre en cuanto a los resultados, pero no respecto de los procedimientos. Ofrece un ámbito instituido donde los costos de transacción hacen que recurrir a la violencia o a la imposición resulten más caros que lo que se pierde en la negociación.⁸

La supervivencia y el trabajo generan procesos asociativos que culminan en organizaciones cuya existencia supone reglas de juego para operar y llevar a cabo la transformación del medio ambiente. Estos ámbitos normativos son lo que conocemos como instituciones. Resúmenes de las costumbres, hábitos, creencias y percepciones se anudan en los conjuntos de valores que transforman la percepción de lo "natural" en insumos y procesos de la producción, el consumo y el mercado.

Las actitudes respecto de la utilidad que representa la naturaleza son concretas, no están referidas a la naturaleza en general, sino a esa transformación directa de algo que está allí y sirve para satisfacer una necesidad. El esfuerzo adaptativo implica acciones de transformación basadas en la experiencia, cuya acumulación produce saberes, tecnología y ciencia para el despliegue de todo lo que es social.⁹

El esfuerzo humano por transformar la naturaleza en algo vivible es a veces muy obvio, pero también puede llegar a constituir un verdadero reto para el ingenio. De allí que cobren fuerza las diferentes formas de significación de la naturaleza a través de una dialéctica con los procesos productivos en su acepción genérica, o sea, el trabajo humano, en contraposición a los enfoques "materialistas" que dan por hecho que la naturaleza determina los desarrollos de la cultura limitándola a ofrecer únicamente respuestas adaptativas. Hoy la cultura, y en general los procesos de significación, están adquiriendo un cariz menos pasivo, los procesos sociales de reapropiación de la naturaleza como fuente de riqueza (Leff, 2002: 2) y su desentrañamiento a través del poder precisan de mayor

deliberación y vigorosa participación, por eso la pertinencia de hablar de arenas políticas, ya que el entorno no sólo es restrictivo y prohibitivo, sino también una oportunidad creativa.

Los procesos de resignificación de estas relaciones entre la cultura y la naturaleza, urgidos por el creciente deterioro de los ecosistemas, ponen de manifiesto la interconexión de distintos procesos físicos, biológicos, tecnológicos y sociales. Esta causalidad múltiple bien podría reflejarse en el tratamiento de soluciones integrales, como una propuesta metodológica de mayor consistencia. Todo ello revela la exigencia de superar la racionalidad tecnológica hasta ahora impulsada por un tipo de globalización que sólo es funcional para los agentes transnacionales. Asimismo, en los contextos de subdesarrollo, generalmente tal escala se infiltra mediante la negociación y complicidad de los grupos oligárquicos locales y por agentes de las instituciones del poder federal,¹⁰ independientemente de si es irracional o no desde el punto de vista de la preservación de la vida, la equidad social y el equilibrio ambiental.

Están a la vista las consecuencias nocivas sobre los activos sociales y ecológicos de las comunidades, que nosotros percibimos también como una colisión de intereses con efectos radicalizadores, y aun como despropósitos de los grupos en pugna por el control de los recursos significativos. Por consiguiente, no es excepcional que en las regiones la competencia no regulada por la normalización democrática lleve a los actores —más allá de sus intenciones— a estar en contra de la naturaleza, obligados a optar por acciones depredadoras siempre que conlleven rentabilidad inmediata (el síndrome planteado en la fábula acerca del homicidio de la gallina de los huevos de oro por el afán de aumentar la ganancia de un solo golpe).

Crear un sentido nuevo al poder social respecto del medio ambiente es una de las tareas de los regímenes democráticos, porque es allí donde el ciudadano aprende a limitarse para no usurpar la libertad de otros y a utilizar los recursos institucionales para inconformarse, cuya máxima expresión es determinar la revocabilidad del mando para los gobernantes incapaces; de manera que el entramado democrático es de suyo importante para prevenir y controlar el momento de inhumanidad del poder de particulares y del abuso o corrupción de las autoridades, a efecto de contener el poder que algunos grupos tienen sobre los recursos ambientales, organizando el contrapeso

institucional y ético para regular la explotación de los recursos. Dada la "imposibilidad real de una concurrencia igualitaria en el ámbito formal de la toma de decisiones, fundada no en un deseo sino en las asimetrías propias de las relaciones de poder (Cansino, 2001: 13), una identidad común de alcance planetario sería una posibilidad para ir creando significantes aglutinadores cada vez más sólidos, capaces de integrar la diversidad étnica y la pluralidad social; quizá este sea el primer paso para consolidar un cambio de las actitudes hacia el medio ambiente, para ser más sensibles a los usos y manejos irracionales de los recursos naturales, denunciarlos, alertar y cerrarles el paso incitando a la participación y toma de posición de los ciudadanos en los espacios públicos.

Cambio de las actitudes culturales hacia el medio ambiente

Cuesta creer que la racionalidad del mercado, hasta el momento bien asentada por los circuitos globalizados, pueda ser desbancada por una nueva racionalidad ecológica, y de este modo conducir los destinos de la humanidad hacia una verdadera sustentabilidad ecológica. No obstante, la historia contemporánea documenta ya la multiplicación de identidades y proyectos culturales que se oponen, denuncian o exhiben los efectos de la globalización en su connotación neoliberal, y que apuntan hacia un proyecto de democracia fundado en la autonomía del individuo y en la capacidad de los pueblos para definir y autogestionar sus proyectos de vida (Leff, 2002: 11).

Desde la perspectiva de la sustentabilidad del desarrollo, el encuadre de la biodiversidad ecológica puede convertirse en una estrategia de uso de los recursos naturales de acuerdo con prácticas adecuadas a la especificidad de cada territorio y cultura. Quizá el primer paso para abrir campo a una nueva racionalidad ambiental resida en la recuperación de las identidades de los pueblos y la diversidad de los estilos de vida, aunada a una manera nueva de pensar el espacio, las fronteras y la continuidad. Las tradicionales relaciones de lo interno con lo externo se han desdibujado en un continuo relativamente homogéneo, pero desestructurador de las redes planas (fincadas en la continuidad de las extensiones de los centros de poder y en la integridad de las periferias que, a partir de los nuevos espacios en red, han sido crecientemente relegadas y desestructuradas), de este modo se constituyen

nuevas arenas para desahogar las pugnas de intereses involucrando visiones y perspectivas alternativas del mundo.

Ahora bien, las arenas políticas no son neutrales ni son sólo escenarios de agregación en procesamiento y confección de hechuras políticas. La institucionalización de una nueva arena es una expresión cultural que recoge costumbres, rutinas, hábitos, identidades, percepciones del poder, la autoridad y la sumisión, para establecer el código de acceso a la participación política que los actores deben conocer, emplear y en su caso optimizar en la búsqueda de estrategias ganadoras. La no neutralidad de las arenas significa que no sólo son espacios de estreñimiento, sino de oportunidad creativa para los actores en la búsqueda de coordinación e integración de los individuos para alcanzar sus metas aprovechando las instituciones políticas reconocidas por la ciudadanía.

En consecuencia, hay que profundizar en aquellos elementos que incitan nuevas capacidades de regulación de los poderes locales tendientes a rechazar y, en su caso, reemplazar la capacidad generalizadora de los grandes centros metropolitanos del poder a escala planetaria, toda vez que éstos han logrado establecer la red unitaria de alcance mundial, la cual, por definición, socava las capacidades locales (a pesar de que su establecimiento precisa de las mismas actividades locales que desprecia). La consolidación de los grandes centros financieros —que implican la desterritorialización de la riqueza, del trabajo y del poder político, así como el abandono de los sistemas lineales de la organización social—, paradójicamente empuja a los agentes locales a pugnar por ser los depositarios de todo aquello que había tenido que ser lanzado desde fuera por la subordinación de las instancias locales de autoridad, carentes de autonomía política y financiera.¹¹ Así, el rescate y la reivindicación de lo local como bases del consenso y la democracia para establecer la agenda de prioridades de cada lugar, constituyen una síntesis novedosa del movimiento circular de los flujos de información, mercancías y personas, lo cual recupera las bases productivas local-regionales en una perspectiva integradora.

La transición hacia órdenes mundiales complejos, abiertos, plurales y coherentes con las condiciones de la sustentabilidad social y ecológica exigen una operación deslocalizada de materiales, técnicas, trabajo humano y capitales; pero, al mismo tiempo, otro tipo de redes de simultaneidad obligan a los Estados nacionales a elaborar nuevas interpretaciones del territorio y otros mecanismos

para asegurar la cohesión de la sociedad organizada sobre un renovado imaginario de libertad local. Asimismo, el Estado y la sociedad tendrán que reinventar la gestión de las nuevas representaciones sociales, por ejemplo, ampliando competencias a los municipios y acompañándolas de recursos fiscales por fin descentralizados.

La sociedad, sus estructuras y redes institucionales, están siendo sometidas a procesos de integración a escala, prácticamente no hay procesos aislados. Ahora los procesos de vinculación encuentran sus equivalentes en otros niveles de la utilización concreta del espacio. (O sea, cuando mi necesidad y mi dignidad como persona perteneciente a una localidad son las mismas que la de otra que vive en una región diferente, en cualquier otro lado del mundo.) Este cambio sin precedente del aislamiento, que rápidamente pasa de la contigüidad a la superposición territorial, revalora los sentidos de comunidad, localidad y hasta de la ciudad, donde los identificadores del espacio pierden concreción y no hay extrañamiento entre el “yo” individual y el “nosotros” como especie.

No sólo apreciamos la aparición de microcentros o centros locales que desplazan el centro a las periferias, sino la disolución de las periferias y su reconversión en centros (*cf.* Serrano, s.f., vol. I: 9-34). La génesis de formas socioespaciales rebasa las ambiciones hegemónicas unitarias porque éstas tienden a incorporar otras formas de producción inmediata del territorio y se mueven más en los planos de la simultaneidad horizontal.

Finalmente, vale destacar que pese a las condiciones de alienación extrema debida a la instrumentalización del Estado de grupos monopólicos, la flexibilidad de la democracia se palpa en la enorme capacidad adaptativa de la sociedad, induciendo cambios de actitud que, a su vez, motivan arreglos políticos para que el Estado no sólo sea el instrumento preeminente de coerción social, sino un espacio de coaliciones donde se deliberen y decidan las políticas públicas, cuya planeación y ejecución sea vehículo de equidad, eficiencia económica y retribución ecológica. Si el poder social procesado en entramados democráticos predomina sobre los intereses de particulares, la cooperación y subsidiariedad permitirán un aprovechamiento apropiado de los recursos ecológicos esparcidos en las regiones.

Notas

¹ Allí los autores se refieren a la formación de las continuidades

de los territorios y, en relación con ello, se preguntan si todavía es posible pensar en tantos territorios como relaciones espaciales existen.

² A propósito de las crisis de dominación que han enfrentado las oligarquías locales en las últimas décadas a causa de la globalización, cabe recordar que algunos grupos de poder locales desarrollaron una gran capacidad de adaptación; por ejemplo, las oligarquías alteñas mantuvieron el control político y social prácticamente desde la época colonial pese a que las sociedades se hallan en perpetua transformación, y ahora lo que queda de ellas aún actúa como factor de mediación entre la comunidad y los agentes foráneos.

³ Cifra dada a conocer en la Cumbre Mundial de la Alimentación efectuada en Roma del 10 al 13 de julio de 2002.

⁴ Los Altos de Jalisco ejemplifican un tipo de relaciones económicas, políticas y sociales que dieron lugar a formas de dominación peculiares en México, incluido el control oligárquico. Como señala Andrés Fábregas: "la diversidad regional expresa la redefinición formal del capitalismo por las condiciones locales [...] en el proceso de su conversión en sistema mundial. Este proceso tiene lugar en México a partir del establecimiento de la Colonia, en cuyo contexto se perfilan y delimitan las regiones" (Fábregas, 1986: 214). En la historia nacional este proceso generó la incorporación de los procesos concretos del trabajo social dentro de las exigencias de la expansión e internación del capital; y en el aspecto político, dio lugar "a la formación de una variedad de maneras de dominar, expresiones de la dialéctica particular de las contracciones de clase, desde el cacicazgo unipersonal, la oligarquía, el clientelazgo, hasta la presencia del aparato estatal que incorpora a todas estas formas dentro del proceso de centralización y concentración del poder, vinculando el desarrollo económico con la servidumbre política" (*ibid.*).

⁵ No es difícil apreciar la concepción braudeliiana de la historia cuando afirma: "Creo con firmeza que todo capitalismo está hecho a la medida, en primer lugar, de las economías que le son subyacentes" (Braudel, 1986: 71).

⁶ La duda de la propia existencia que se construye como la base de la alienación social para el ejercicio de un poder dominante no es otra cosa que "una objetivación objetivada de tal manera que se encuentra negada en su finalidad propia en beneficio de una finalidad extraña (que puede ser, indiferentemente, la finalidad de otros hombres o la finalidad inhumana de un proceso)." (Gorz, 1969: 48 y 62).

⁷ Así, las políticas ambientales están atravesadas por nuevas relaciones de poder, donde la cultura adquiere un papel inédito en el desarrollo económico y político de las diferentes regiones del país (Leff, 2002: 7).

⁸ Las estructuras políticas y las instituciones adecuadas a la democracia moderna han sido muy frágiles respecto del poder centralizado de los Estados autoritarios del siglo XX; sin embargo, las estructuras mundiales del poder se encuentran hoy en día robustecidas sobre bases reticulares desterritorializadas; de cualquier manera son derivados de esas formas progresivamente constructoras del Estado moderno,

"resultado de acumulaciones, herencias, federaciones, coaliciones de Estados particulares, imperios", (Braudel, 1981, II: 12).

⁹ Lo que podría verse como un paisaje natural, culturalmente ya no es sino un ámbito social: inversiones, trabajo, organización, ganancias... en lugar de un hermoso bosque, tongas en una maderería.

¹⁰ La proyección en el espacio de tales avances económicos y técnicos toma muchas formas; por ejemplo, se relaciona con aumentos de población y de los intercambios, provocando transformaciones en la circulación física de pasajeros y mercancías, que a su vez modifica a fondo la estructura de las redes urbanas e interurbanas, relocalizando los mercados y, fundamentalmente, cambiando los modos de producción y utilización de la energía, lo que obligó a repensar el papel del campo y de las actividades tradicionales (*cf.*: Lavase, 1971: 15-28).

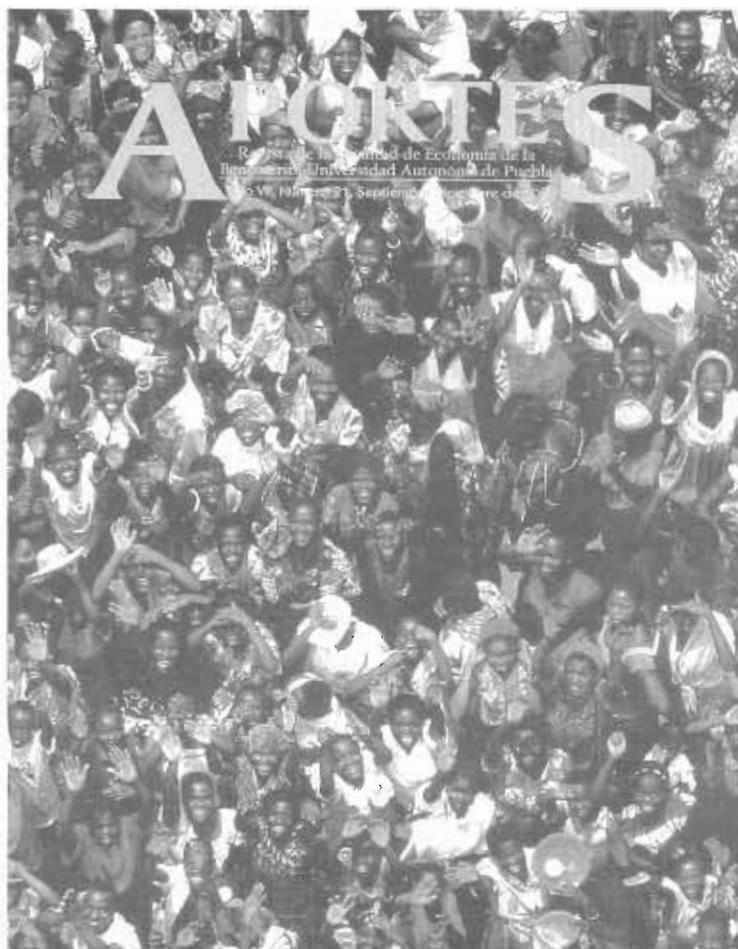
¹¹ En otras palabras, desatan procesos de recentramiento económico y cultural que la proliferación de corrientes de comercio ha abierto o cerrado en diferentes momentos históricos, y que ahora vemos con mayor frecuencia debido a los acelerados cambios mundiales en la localización de los nodos de articulación de capital, mercancías e información de las últimas cuatro décadas (*cf.*: Braudel, 1986, III: 227-266).

Bibliografía

- Braudel, Ferdinand, *La dinámica del capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- . *L'identité de la France*, vol. III, Francia, Arthaud-Flammarion, 1986.
- . *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Camarena, Margarita y César Gilabert, "Análisis de las actitudes culturales de apropiación del medio ambiente a través de la planeación ecointegrada de recursos", ponencia presentada en el tercer congreso internacional sobre Urbanismo y Medio Ambiente Los Restos de la Planeación Urbana-Ambiental en el Nuevo Siglo, organizado por la UAEM y la ANPY, y efectuada en Toluca, Estado de México, en mayo de 2002.
- Cansino, Héctor, "Conversación inédita con Cornelius Castoriadis", *Metapolítica*, Centro de Estudios de Política Comparada, A.C., vol. 5, núm. 18, abril-junio de 2001.
- Crespo, José Antonio, "Democracia real. Del idealismo cívico al civilismo racional", *Metapolítica*, Centro de Estudios de Política Comparada, A.C., vol. 5, núm. 18, abril-junio de 2001.
- Castoriadis, Cornelius "La estrategia democrática", *Iniciativa Socialista*, París, núm. 38, febrero de 1996.
- Cueva Perus, Marcos, *Sistema productivo, territorio y nación en América Latina: el caso de Panamá*, México, IIS-UNAM, 1997.
- Fábregas Puig, Andrés, *La formulación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, México, CIESAS, 1986.
- Gilabert, César, *El imperio de los arcanos o los poderes invisibles del Estado moderno*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2002.

Lavase, Jean, *L'organisation de l'espace. Elements de géographie volontaire*, Francia, Hermann, 1971.
Gorz, André, *Historia y enajenación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.
Hawken, Paul, *The ecology of commerce. A declaration of sustainability*, Nueva York, Harper-Collins, 1994.
Leff, Enrique, "Naturaleza y cultura en el desarrollo regional", en Margarita Camarena, *Cultura y política en el desarrollo*

regional de México, México, El Colegio Mexiquense y Universidad de Guadalajara, 2002.
Regazzola, Thomas y Jacques Lefebvre, *La domestication du mouvement. Pousses mobilisatrices et surrection de l'état*, París, Anthropos.



APORTES
Revista bimestral de la Facultad de Economía
de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla